

PEDRO DOMÍNGUEZ SALGAR

EL ÁNGEL DE LAS CANCHAS

AMOR, PASIÓN Y FÚTBOL

NOVELA HISTÓRICO - FANTÁSTICA

VOLUMEN I

(Sic)
Editorial
Proyecto Cultural de
Sistemas y Computadores S.A.

BUCARAMANGA - 2006

PRIMERA EDICIÓN

Julio de 2006

**DIAGRAMACIÓN, IMPRESIÓN Y ENCUADERNACIÓN
(Sic) Editorial Ltda.**

Proyecto Cultural de Sistemas y Computadores Ltda.

Centro Empresarial Chicamocha Of. 303 Sur

Telef: (97) 6343558 - Fax (97) 6455869

siceditorial@syc.com.co - www.siceditorial.com

Bucaramanga - Colombia

ISBN: 958-708-214-1

Prohibida la reproducción parcial o total de esta obra,
por cualquier medio, sin autorización escrita del autor.

Impreso en Colombia

Nota del Editor

La corrección de la edición ha sido responsabilidad del autor.

CONTENIDO

AGRADECIMIENTOS	7
INTRODUCCIÓN	9
UNO	13
DOS	43
TRES	73
CUATRO	93
CINCO	115
SEIS	143
SIETE	157
OCHO	187
NOTAS	223
BIBLIOGRAFÍA	227

AGRADECIMIENTOS

Debo dar rendidas gracias a las siguientes personas
que hicieron posible este proyecto
escriturístico personal:

A mi sobrina
ANDREA XIMENA DOMÍNGUEZ OCHOA,
porque con ella disfrutamos la revisión de los
materiales en medio de chistes y risas
para soportar las duras jornadas de trabajo.

A mi sobrino
JAVIER DARÍO DOMÍNGUEZ HERRERA,
por haberme hecho conocer muchos “misterios” del fútbol.

A DANIEL NAVAS CORONA,
quien, una vez más, construyó este armazón
gracias a su buen corazón y a su denodado espíritu
amante de las letras nacionales.

A HERNANDO LOAIZA CAMARGO,
un verdadero “Quijote” de las letras santandereanas
y “mecenas” insobornable de los autores inéditos de nuestra tierra.
A él debo el subtítulo.

A PEDRO ELÍAS ESPINEL MARTÍNEZ,
quien, en un instante decisivo, tomó las riendas
de un trabajo que iba por caminos extraños y complicados.

A CAROLYN RODRÍGUEZ GALVIS,
quien, con su mirada dulce y espiritual, y especialmente con su solicitud
amable y tierna, dio impulso a esta pequeña mole de palabras
que buscan expresarse a sí mismas.

A LEONARDO PÉREZ GUZMÁN,
por haberme hecho adentrar sutilmente en los recovecos del fútbol rentado
nacional desde sus instantes primigenios.

A JULIA ELVIRA BLANCO MÉNDEZ,
quien, en momento feliz y definitivo, supo encauzar el apoyo financiero
necesario para que este libro fuera una realidad.

A SILVIA MARCELA ACOSTA GALVIS,
quien, en medio de la maraña de una palabrería novelesca,
rompió moldes jamás sospechados.

A MARISOL,
A ti, silencio de silencios,
sonrisa hecha de ternuras,
que eres testigo fiel de mi palabra
que evoca la paz del corazón
que, en silencio tallo de emociones,
revive el pensamiento
en la canción diaria de la vida.

INTRODUCCIÓN

EL FÚTBOL: el mayor espectáculo del mundo. No hay ninguna región del mundo donde no se hable ni se practique este deporte de multitudes que nos lleva al éxtasis, como también a los peores desastres, desafortunadamente, que pueda cometer cualquier ser humano. Sin embargo, la “redonda” rueda en cualquier lugar de nuestro planeta, desde los monumentales estadios de las grandes metrópolis con famosos “cracks” ataviados con vistosos uniformes y guayos de la última marca, hasta los niños, niñas y mujeres de muchos continentes que juegan con ella, descalzos, sin camisa y en una cancha de arena o tierra, y lo grandioso, sin portería ni jueces. Lo hacen por gusto y a veces por manía y emoción contenidas, porque lo sienten y viven en lo más profundo de su ser.

Esta novela -entre la realidad y la fantasía- viene al rescate de esta pasión humana que la siente en el alma y en el corazón, tanto el rico como el pobre, el inteligente y el ignorante, con mayor o menor intensidad.

Es la historia, entre la brumas de la ficción, de la frustraciones de un chico que vivió -y vive- hace mucho, representado por otro chico que quiere llegar a las más altas cumbres de la vida humana, catapultado por la presencia de DIOS. Éste justifica toda potencia y acto humanos (Aristóteles). Si Él estuvo presente en la existencia del hombre en la antigüedad, con mayor razón Él está hoy con nosotros, vivo, actuante, preocupado por la vida de nosotros. No es una manía de manosear o manipular su “figura”: Él está muy inmerso también en los “juegos de la vida” de los hombres. Si nosotros estamos felices, Él también lo estará, así sea en el juego más simple. Al final, deja al hombre en plena libertad de actuar.

Los elementos históricos que aparecen en la novela son un hermoso, profundo y respetuoso homenaje a muchas personas, jugadores de fútbol o no, que dieron y

dan lustre a este deporte de masas. Y viene el caso de aquellos personajes de los últimos fogonazos de la segunda guerra mundial: lo hago más por un sentido de admiración, respeto y envidia sana porque ellos sí se atrevieron a inmolar sus vidas por sus hermanos, y no con el ánimo político que pudiera tener. Están puestos en una dimensión fantástica, por cuanto ellos y ellas entregaron su existencia en favor de un pueblo y ya recibieron la corona de los mártires que cumplieron con su deber de conciencia que para ellos fue difícil tomar en su momento histórico (1944).

Entiendo que es casi imposible incluir en esta obra, con escasos alcances, a todos los jugadores colombianos que fueron en el pasado -y en el presente-, honra y prez del fútbol nacional. Desde estas páginas expreso mis excusas por esta falla tan garrafal. A Dios gracias ellos ya rindieron su esfuerzo a favor de un deporte tan importante para la coexistencia pacífica de los hombres y mujeres del mundo. ¡Loor y bendiciones a ellos!

Peter Santamaría, con olor y sabor a champaña brasileña, vive por ahí todavía dando pasos y patadas a un balón. Dios, fútbol, historia, música, mujeres, idiomas, sacerdocio y poesía, son otros homenajes a una vida que pudo ser y no fue. Él representa a un muchacho que pensó en el pasado tantas cosas, pero que al final se quedó con las manos vacías, como muchos otros seres que no pudieron estar a la altura de las circunstancias. Afortunadamente él las rebasó en la fantasía, porque la realidad lo pateó sin piedad.

Este ser vive por ahí todavía dando la pelea como cualquier ser humano: sólo desea trascender en la cotidianidad infame de un país aporreado, donde apenas si quedan migajas por recoger y miserias que tragar.

“El ángel de las canchas” representa las espigas que faltan por sembrar y segar. “Por los frutos los conoceréis” dice el texto bíblico. Peter es un ser común y corriente, pero que Dios le otorga la gracia de salir de lo trivial para arrojarlo en los brazos de la fama y la aceptación universales. Es un personaje del mundo. El fútbol es un pretexto. Sólo sigue una situación lineal, como lo es toda vida humana puesta en las dimensiones tiempo-espacio. Vive para ellos, pero también para la humanidad. Ésa es su misión: estar con los hijos de los hombres, como Cristo.

La presencia de la filosofía y la teología no tiene una actitud religiosa o de otra índole: sólo aplica aquella teoría de que hasta una novela debe servir para enseñar (intención pedagógica).

Querido(a) lector(a): sé que a muchos de ustedes no les gusta el fútbol. Yo sí lo disfruto como un loco sin ser un fanático desmesurado. Pero ese posible disgusto o desazón espero superarlos con la idea de que todo sirve en la vida y nos lleva a un destino final de coexistencia pacífica entre los seres humanos, según el mandato evangélico.

¿Y de la presencia de los salesianos, los hijos de Don Bosco, qué? Con ellos tengo una deuda eterna de gratitud, y siempre que pueda, tendrán presencia viva en mi existencia, a veces un poco gris. Porque la fama no me deslumbra. Los nombres de los maestros están italianizados: Arangoni (Arango), Perezioni (Perezón y/o Pérez), Vollencini (Valencia), Bernatti (Bernal) y Gavalli (Cavallo), etc. Inclusive algunos excompañeros en La Ceja, Antioquia, aparecen así: Bittencuori (Betancur), Garamelloni (Jaramillo), Bessarani (Bejarano), Arrúpero (Arrubla), Scobeddi (Escobedo), Ortollani (Huertas), Spinelli (Espinal), etc. “Adiós, compañeros de mi vida”.

Uno

Arborio era un hombre muy respetado y aceptado en su tierra. Ejercía el oficio de mercader, en lo que era muy hábil. Es decir, un buen comerciante. De ello vivía desde hacía muchos años. Venía de familia arriera. Con su mujer Giulia tuvo ocho hijos, todos al cual más simpáticos e inteligentes. De ellos tres eran mujeres. En el décimo año de su matrimonio recibieron el tercer retoño. Se llamaría PETER SANTAMARÍA. Era muy bien parecido, de piel trigueña y sonrosada. Tenía el pelo ensortijado, lo que se llamaría “churrusco”, frente amplia, cejas pobladas, ojos claros, azulados, profundos, mejillas pudorosas. Su cuerpo era estilizado, de brazos largos y piernas potentes. Pero lo más llamativo de él era su personalidad: además de su simpatía e inteligencia, mostraba un espíritu alegre, bondadoso, luchador, un poco independiente, aunque respetuoso, colaborador y valiente.

Ya desde niño demostró una gran capacidad deportiva, especialmente en aquella que tuviera que ver con los movimientos, la flexibilidad, la velocidad y la resistencia. Algún día le dio por hacer una apuesta con los dos hermanos mayores y uno menor. Pues resulta que Peter ganó la apuesta de la carrera. Había que recorrer casi diez kilómetros que él corrió en menos de veinte minutos. Les tomó casi cincuenta minutos a sus hermanos. Éstos llegaron exhaustos, rendidos, vueltos una melodía, mientras él arribó fresco como una lechuga. Sus hermanos, naturalmente, lo trataron de tramposo, que había cogido alguna trocha del camino. Él se defendió con pies y manos.

— Lo que pasa es que ustedes son muy flojos para correr. No tengo la culpa si no saben dosificar el aire.

— Mira, no te hagas el listo, no nos hagas creer que sabes respirar mejor que nosotros —respondió Nicolás, el mayor.

— Pues sí, hermanito. En el colegio nos han dado orientación sobre este particular. El profesor De Sanctis sabe mucho sobre esto. Fue corredor de medio fondo en varios países del mundo —respondió Peter

— Déjate de cuentos fantasiosos. En nuestras clases también nos dan instrucción sobre el tema —terció Josué.

— En fin, hermanos. No tengo la culpa si poseo mayor capacidad torácica y mejor ritmo cardíaco que ustedes. Podemos efectuar otra competencia atlética, pero en ascenso, cuando quieran —ripostó Peter.

— Está bien, hermanito. Podría ser el domingo. Podemos subir al “Cerro Morro Pardo”, ojalá por la tarde —propuso Nicolás.

— Ah, lo que quieren es aplicarme “la licuadora” del calor. Sé que estas montañas son duras a esta hora, por la humedad —afirmó Peter.

— Pues, sí. Le aplicaremos “la licuadora”, como tú dices. Además de ser buenos corredores, hay que ser astutos —dijo Conrado, que no había hablado hasta entonces.

— Nos veremos el próximo domingo, querido hermanito —dijo Josué con cierta ufanía.

Se despidieron de mano. Cada uno tomó su propio camino. Peter se dirigió al corral a darle un vistazo a los animales que tenían en la finca: caballos, vacas, toros, terneros y uno que otro plumífero. Era una familia de ascendencia campesina. Estamos en 1951. Hacía poco había terminado la segunda guerra mundial. Hacía pocos años habían colgado a Benito Mussolini en Milán. Había sido el dictador con el partido fascista. Todavía se sufría mucha miseria en Europa. De ahí surgió el famoso “Plan Marshall”. Apenas estaban saliendo de la crisis sociopolítica que implicó haber formado el eje Alemania—Italia—Japón, que sólo dejó pobreza, atraso y desesperación en el pueblo europeo, especialmente en Italia.

Había que ascender hasta el “Morro Pardo”, cerca de San Joaquín. Saliendo desde San Gil, había que tomar el Río Fonce por una carretera destapada en ese entonces; en “Puente Miranda” se cogía por un sendero estrecho del río “Mogoticos”; luego otro camino aún más estrecho que bordeaba el río “Guare”, torrentoso al comienzo, pero ya un hilillo hacia las montañas de la cordillera oriental.

Antes de llegar al nacimiento del río, apenas un riachuelo cantarino, existía una espesa maleza que escasamente dejaba ver el cielo. Había que romper trocha, so peligro de ser “picado” por las hojas de ortiga, golpeado por los cimbronazos de la caña castilla, o cortado por los tallos de la mora. Era una distancia de casi cuarenta y un kilómetros mal medidos. Y los muchachos, unos adolescentes. Pero ya estaban habituados a trotar por estos caminos, al norte hasta Aratoca; al sur, hasta Oiba o Charalá; al occidente, hasta Barichara o Galán; y al oriente, escasamente hasta el “Alto del Poleo”. No existían vías. Tenían que pasar por donde fuera más expedito.

Naturalmente que ese día Peter ganó la prueba. Lo creyeron un ÁNGEL. Ese día les tomó a sus hermanos casi una hora. Hubo algunos momentos que ellos creyeron que había volado, no corrido. No se veían palos tronchados en el piso, ni hojarasca pisoteada. Tampoco se notaban pisadas. Miraban hacia adelante y no veían al muchacho por el sendero que él iba tronchando.

—¿Dónde irá nuestro hermanito? —se preguntaban.

Cuando llegaron al sitio de encuentro, Peter ya había descansado. Hasta se había bañado en un riachuelo cercano, en la quebrada “Tierra Azul”, afluente del río “San Joaquín”, que pasa acariciando el pueblo del mismo nombre. Estaba muerto de la risa, tirado en el suelo, haciéndose el dormido. En cambio, sus hermanos llegaron “reventados” del cansancio y con la lengua afuera.

— Y qué, hermanos, ¿cómo les fue por la trocha que les señalé?

— ¿Cuál trocha, hermanito? Por ahí no había ninguna —dijo Josué.

— Por el contrario, tuvimos que abrirla a brazo partido. Mira nuestras manos y cara. ¿Te parece bonito? — habló Nicolás.

— Seguramente cogieron otra ruta. Se suponía que si venía adelante, les señalaría la ruta —explicó Peter.

— No seas mentiroso, hermanito. Creo que hiciste trampa. Cogiste por otra trocha —reviró Conrado.

— No es verdad. Yo seguí la ruta propuesta en la charla de la semana pasada —contestó Peter.

— Bueno, hermanito. Por ahora descansen un rato. Luego nos bañamos.